

ECOTURISMO, IDENTIDAD NACIONAL Y EDUCACIÓN AMBIENTAL EN VENEZUELA: UN ANÁLISIS DOCUMENTAL DE «TIERRA DE GRACIA»

ALFREDO RODRÍGUEZ IRANZO

Universidad Metropolitana de Caracas, (Venezuela)

aodriguez@unimet.edu.ve

Resumen

Este estudio cualitativo explora cómo la narrativa histórica de Venezuela como “Tierra de Gracia” puede servir de ancla para programas de ecoturismo orientados a la educación ambiental de la juventud. A partir del análisis temático de veintiún documentos—incluido el libro *Venezuela: Identidad y contexto. Aventura en «Tierra de Gracia»*, crónicas decimonónicas y políticas nacionales de turismo sostenible—se identificaron tres ejes: (a) los paisajes simbólicos consolidan un sentido de pertenencia que facilita la adopción de valores ecológicos; (b) las experiencias de campo propuestas por el ecoturismo potencian el aprendizaje significativo y la alfabetización ecológica; y (c) las tensiones entre conservación y extractivismo modelan las actitudes juveniles hacia la sostenibilidad. Se argumenta que la incorporación de excursiones ecoturísticas en el currículo de secundaria—en alianza con comunidades indígenas y guías locales—puede consolidar conductas de custodia ambiental y fortalecer la identidad nacional. Se discuten implicaciones para el diseño instruccional y recomendaciones de política pública.

Palabras clave: ecoturismo; identidad nacional; educación ambiental; juventud venezolana; Tierra de Gracia

RECIBIDO: 09-07-2025 / ACEPTADO: 13-09-2025 / PUBLICADO: 22-12-2025

Cómo citar: Rodríguez, A. (2025). Ecoturismo, identidad nacional y educación ambiental en Venezuela: Un análisis documental de «Tierra de Gracia». *Almanaque*, 47, 109 - 126.
<https://doi.org/10.58479/almanaque.2025.167>



CONTENIDO

Resumen	109
Introducción	113
Planteamiento del problema	114
Antecedentes	116
Método	119
Resultados	121
Discusión	123
Conclusiones	124
Bibliografía	125

Introducción

La geografía venezolana se despliega como un tapiz multicolor que abraza selvas ecuatoriales, cumbres andinas, sabanas infinitas y más de dos mil ochocientos kilómetros de costas caribeñas. Desde el litoral, donde las playas coralinas se extienden fuera de la ruta de los huracanes —privilegio rara vez compartido por otras naciones antillanas—, la brisa de los alisios refresca un clima benigno que solo distingue entre una estación seca y otra lluviosa, ideal para la vida al aire libre y para el cultivo de una rica biodiversidad. Esa combinación de estabilidad atmosférica y variedad topográfica justifica que muchos autores proclamen al país como auténtico “patrimonio de la humanidad” .

Si se asciende al occidente, los Andes venezolanos emergen con picos nevados como el Bolívar, que acaricia los cinco mil metros de altitud y ofrece valles templados donde prosperan cultivos de trigo y frailejones centenarios. Las leyendas de Caribay y las cinco águilas blancas que custodian las sierras nevadas confieren a estas montañas un aura mítica que entrelaza naturaleza y cosmovisión indígena. Hacia el norte, la Cordillera de la Costa prolonga este espinalzo montañoso, dibujando balcones verdes que enmarcan Caracas y alumbran valles fértiles donde resplandecen cultivos de café y caña de azúcar, mientras picos como el Naiguatá y la Silla dominan el paisaje urbano. Un hundimiento tectónico separa esa cordillera y origina el Golfo de Cariaco, cuyas aguas turquesas rivalizan con las ensenadas del Parque Nacional Mochima, en contraste con la aridez de la península de Paraguaná, donde dunas doradas y jardines xerófilos recuerdan la plasticidad climática del país .

Al descender de las montañas hacia el centro, se abre la inmensidad de los Llanos: planicies inundables que latén al ritmo de las crecidas del Orinoco. Durante el “invierno”, los caudales desbordados convierten la sabana en un océano interior; en “verano”, la pradera se agosta y la fauna se refugia en caños relictos. Anacondas, caimanes, chigüires y aves multicolores componen un espectáculo que seduce a naturalistas y turistas de aventura. Más al oriente, la llanura se quiebra en un laberinto de islas fluviales y manglares en el Delta del Orinoco, territorio de delfines de río y culturas warao, donde el agua dulce se mezcla con la salobre en un mosaico de vida y sedimento.

El sur amazónico ofrece otro rostro: selvas lluviosas casi inexploradas que funcionan como pulmón planetario, reservorio de agua dulce y banco genético de orquídeas, bromelias y helechos gigantes. Esas tierras, custodiadas por etnias que conservan lenguas ancestrales, son calificadas en el texto base como “maravilla natural” y “patrimonio de la humanidad”, lo que

subraya la obligación ética de preservar su integridad frente a la tala indiscriminada. Desde allí se alza la meseta guayanesa con sus tepuyes pétreos —Auyantepuy, Roraima— que datan del Precámbrico y aíslan ecosistemas únicos, mientras en sus faldas afloran yacimientos de hierro y oro que revelan la eterna tensión entre riqueza mineral y fragilidad ecológica.

Regresando al mar, la isla de Margarita se yergue como “navío dorado” en versos de Andrés Eloy Blanco, rodeada de aguas propicias para los bancos perflíferos históricos y para la navegación de kite-surfers modernos, prueba de la convivencia entre tradición y recreación contemporánea. Más al norte, el archipiélago de Los Roques despliega atolones de arena blanca que convierten al Caribe venezolano en laboratorio de biología marina y en vitrina turística de bajo impacto. Mientras tanto, al occidente, el lago de Maracaibo —epicentro de leyendas lacustres y cuna del topónimo nacional— continúa alimentando manglares, mitos y economías petroleras en un mismo espejo de agua.

Esta sucesión de cordilleras nevadas, valles templados, sabanas estacionales, selvas pluvisilvas, tepuyes ancestrales y costas coralinas crea gradientes altitudinales y climáticos que, en cuestión de horas, permiten viajar del páramo gélido al manglar tropical, ofreciendo una lección viviente de ecología comparada. Tal diversidad bioclimática sustenta cultivos tan dispares como el cacao de selva húmeda, el café de altura y el arroz de valle cálido, y brinda escenarios incomparables para un ecoturismo que, bien gestionado, podría transformarse en un aula al aire libre para las generaciones venideras. Reconocer a Venezuela como “Tierra de Gracia” implica no sólo celebrar su opulencia natural, sino asumir la responsabilidad de custodiarla como legado irremplazable para la humanidad entera.

Planteamiento del problema

Venezuela enfrenta hoy una alarmante degradación de sus ecosistemas clave. La tala y quema indiscriminada en bosques amazónicos y llaneros elimina miles de hectáreas al año, reduciendo hábitats y captación de carbono. El texto base denuncia que la deforestación perturba la biodiversidad y compromete el uso sostenible de los recursos. Además, advierte que la desertificación incipiente amenaza la seguridad alimentaria. Los impactos se multiplican cuando la cubierta vegetal desaparece y los suelos quedan expuestos a la erosión hídrica. Las cuencas hidrográficas del Orinoco y del Caroní ya muestran signos de sedimentación acelerada. Este fenómeno reduce la vida útil de represas y encarece la generación hidroeléctrica. Paralelamente, la minería aurífera y ferrífera opera con métodos obsoletos y contaminantes. La obra señala que la minería carente de técnicas correctas contamina ríos y afecta la salud de comunidades indígenas. El mercurio liberado en los aluviones bioacumula en peces y entra en la cadena alimentaria humana. El dragado ilegal destruye lechos fluviales y aniquila macroinvertebrados esenciales para el equilibrio acuático. Las perforaciones indiscriminadas provocan derrames de hidrocarburos que degradan manglares costeros.

La riqueza mineral, si bien codiciada, se convierte en amenaza cuando manos inescrupulosas priorizan el lucro sobre la biosfera. Entre los riesgos emergentes destaca la liberación de radionúclidos por explotaciones sin control técnico. Todo ello ocurre en un contexto de cambio climático que agrava sequías, incendios y eventos extremos. Las selvas tropicales, identificadas como “pulmón universal”, pierden capacidad de regulación climática.

El texto alerta de que la humanidad va comprendiendo el valor del planeta, pero el riesgo de autodestruirnos persiste. Las consecuencias incluyen lluvia ácida, destrucción de la capa de ozono y contaminación marítima. El deterioro ambiental amenaza también el turismo de naturaleza, industria sin chimeneas vital para la economía local. Si se erosionan los paisajes emblemáticos, se pierde su capacidad de generar empleo y educación experiencial. Paradójicamente, el problema somos nosotros mismos al no gestionar responsablemente los bienes naturales concedidos al país.

Esta autocrítica se amplifica al observar que los daños suelen ser irreversibles en el corto plazo. Para revertir la tendencia, el autor proclama que la conservación debe entenderse globalmente y aplicarse localmente. La educación emerge entonces como palanca estratégica para el cambio. Es perentorio que el sistema educativo inculque desde la temprana edad el valor de la riqueza natural otorgada. Las escuelas deben integrar programas de aula viva que acerquen al estudiante a los ecosistemas cercanos. Iniciativas de “ecoturismo pedagógico” permiten vivenciar la fragilidad de ríos, tepuyes y sabanas. Guiados por naturistas, los jóvenes pueden descubrir ríos de aguas negras y comprender sus causas naturales.

Estas experiencias fortalecen la alfabetización ecológica y despiertan sentido de pertenencia. Además, fomentan competencias científicas como la observación y el pensamiento sistémico. El currículo debe incluir proyectos de restauración de cuencas y reforestación con especies nativas. Tales proyectos instalan la noción de que los recursos son bienes comunes finitos. La transversalización de la educación ambiental implica reformar contenidos y metodologías. Docentes formados en pedagogías activas pueden incentivar investigaciones escolares sobre calidad del agua.

Las redes sociales amplían la difusión de buenas prácticas y visibilizan guardianes del ambiente en cada comunidad. Se requiere, sin embargo, integrar saberes ancestrales de etnias que custodian la selva. Ellos ofrecen modelos de uso armonioso de la tierra y del agua. Asimismo, es necesario vincular la academia con organismos de control ambiental para monitorear impactos mineros.

Los datos científicos deben retroalimentar campañas de sensibilización ciudadana. El texto sugiere que el ecoturismo bien gestionado puede generar empresas de servicio sin chimeneas contaminantes. Estas empresas proporcionarían empleo de calidad mientras educan al turista sobre prácticas sostenibles. Un país autosustentable requiere transporte adecuado y paradores que reduzcan consumo de energía. Frente a tanto reto, la formación ética cobra la misma relevancia que la técnica.

Debemos entender que la biodiversidad no es simple inventario de especies, sino tejido de la vida que sostiene nuestra salud. Dañar ese tejido implica comprometer agua, alimentos y energía, los tres pilares de la seguridad humana.

Poresocadaaaula, desdepreescolar, debeconvertirseenlaboratorio deciudadaníaambiental. El compromiso estudiantil se alimenta con proyectos locales, pero se proyecta al cuidado global. Así, la noción de “Tierra de Gracia” trasciende el discurso patriótico y se convierte en responsabilidad colectiva.

El planteamiento del problema invita, en suma, a detener la destrucción y sembrar conciencia. Solo entonces Venezuela podrá mostrarse al mundo como nación biodiversa que protege la gracia de su tierra para las generaciones futuras.

Antecedentes

La tradición cartográfica venezolana se remonta a la «Descripción exacta de la Provincia de Venezuela» de José Luis de Cisneros de 1764, pionera en registrar la fertilidad de los valles costeros y la exuberancia del trópico. En sus páginas Cisneros ya evocaba un territorio «bendito» cuya gracia divina se percibía en la abundancia de cacao, perlas y maderas preciosas, rasgo que abonó la metáfora de la Tierra de Gracia. Pocos años después, Agustín Marrón elaboró en 1775 la «Relación histórica-geográfica de la Provincia de Venezuela», aportando un detalle etnográfico que fundió paisaje y cultura.

Marrón subrayó que los portentos naturales inspiraban religiosidad popular y forjaban un sentimiento de pertenencia que trascendía las fronteras imperiales. En el mismo período, el obispo Mariano Martí dejó memorias de su visita pastoral que describen ríos, montañas y pueblos como escenarios de providencia. Estas crónicas decimonónicas consolidaron el imaginario de que Venezuela era un territorio privilegiado por la creación, semilla semántica de la locución Tierra de Gracia.

Ya en 1806, Francisco Depons navegó el oriente del país y retrató en prosa la fecundidad de la costa, reforzando el mito paradisíaco que atraía a comerciantes y naturalistas Alejandro de Humboldt, con rigor científico, recorrió el Orinoco entre 1799 y 1800 y asoció la diversidad biótica con la posibilidad de un edén terrenal Humboldt acuñó la idea de que la variedad climática venezolana en apenas unos grados de latitud era «única en el planeta», reforzando el encanto de gracia natural.

Su compañero Bonpland recogió usos indígenas del curare y señaló la simbiosis hombre-selva como rasgo definitorio del territorio. En 1824, el geógrafo italiano-venezolano Agustín Codazzi asumió la tarea de cartografiar la república emergente con un mapa físico y político que visualizó aquella gracia en detalle estadístico.

El «Resumen de la geografía de Venezuela» de Codazzi combinó descripciones orográficas con inventarios de flora y fauna, integrando datos que sustentaban la narrativa de opulencia natural. Su atlas de 1841 demostró que la Tierra de Gracia podía cuantificarse en relieve, suelos y climas, legitimando la identidad territorial con evidencia empírica.

Las reseñas de Andrés Bello en 1809 añadieron un matiz literario, celebrando la belleza tropical y vinculando la naturaleza con el proyecto de nación americana. Rafael María Baralt, en 1839, reinterpretó el primer contacto europeo y popularizó la anécdota de los palafitos de Coquivacoa que inspiraron el nombre Venezuela. Esta fusión de historia y paisaje reforzó la percepción de un espacio favorecido desde la época del Almirante.

En la segunda mitad del siglo XIX, Lisandro Alvarado y Adolfo Ernst continuaron describiendo el país como laboratorio natural, exaltando la «generosidad» del clima.

Tulio Febres Cordero recogió las leyendas de Caribay y las cinco águilas blancas para subrayar la conexión mítica entre montaña y nación.

A comienzos del siglo XX, Mariano Picón Salas relejó las crónicas tempranas y acuñó la expresión de Venezuela como «síntesis de lo americano», insistiendo en su singular dotación paisajística. Picón Salas advirtió que el orgullo por la Tierra de Gracia debía equilibrarse con responsabilidad histórica y ambiental. Paralelamente, el catalán Pablo Vila dedicó su «Geografía de Venezuela» (1960) a organizar el territorio por regiones fisiográficas, mostrando la coherencia entre ciencia y retórica patriótica.

Su hijo Marco Aurelio Vila repotenció el enfoque con el «Diccionario de tierra y aguas de Venezuela», revalidando la nomenclatura identitaria del paisaje.

En la década de 1990, Pedro Cunill Grau sintetizó esta tradición en «Venezuela: opciones geográficas», señalando que la noción de Tierra de Gracia sigue guiando la percepción colectiva.

Las obras contemporáneas de Rodríguez Iranzo retoman el hilo cronológico y lo ensamblan con la agenda del ecoturismo educativo. En suma, los cronistas ilustrados del siglo XVIII, los naturalistas románticos del XIX y los geógrafos positivistas del XX convergen en una misma intuición: Venezuela es teatro privilegiado del milagro natural.

Cada generación aportó su lente: los misioneros describieron suelos fértiles, los viajeros europeos midieron altitudes y caudales, los estadistas dibujaron mapas de progreso. Sin embargo, todos coincidieron en definir el territorio con adjetivos de abundancia, belleza y potencial, alimentando la idea de una tierra «agraciada».

Esta convergencia discursiva consolidó un relato patriótico que vincula diversidad geográfica y destino histórico. El término «Tierra de Gracia», introducido por Colón en 1498 al divisar el Orinoco, fue resemantizado por los cronistas para subrayar un paraíso tangible más allá del mito. Al describir la dulzura de las aguas del llamado «Mar Dulce», los navegantes reforzaron la idea de un territorio tocado por la providencia.

Los viajeros posteriores usaron esa alianza entre recursos y estética para promover colonización, comercio y ciencia. Durante la independencia, los escritores republicanos replicaron el apelativo para infundir orgullo y justificación moral del nuevo Estado.

En el siglo XX, la industria turística empezó a capitalizar el imaginario, presentando playas sin huracanes y selvas vírgenes como aval de gracia geográfica.

Sin embargo, voces críticas como Picón Salas recordaron que la Tierra de Gracia podía convertirse en tierra arrasada si prevalecía la voracidad extractivista. Esa tensión entre esplendor natural y riesgo antrópico permea la historiografía reciente. Los estudios ambientales actuales recuperan los inventarios de Humboldt y Codazzi para evaluar la pérdida de biodiversidad.

Tales balances confirman que la narrativa fundacional no era mera hipérbole, sino reflejo de una riqueza biológica excepcional. A la vez, evidencian la urgencia de rehacer el pacto con el patrimonio natural. La continuidad del concepto Tierra de Gracia, por tanto, depende de salvaguardar los escenarios que la inspiraron.

De Cisneros y Marrón habrían observado hoy bosques talados donde antes anotaron «copiosa frondosidad», una alerta ética para el presente.

Codazzi, que midió temperaturas de selva y páramo, aportaría ahora datos al monitoreo del cambio climático. Humboldt, fascinado por el Casiquiare, animaría la investigación sobre corredores biogeográficos y servicios ecosistémicos. Picón Salas insistiría en la dimensión cultural de la naturaleza para forjar ciudadanía.

Cunill Grau, desde la didáctica geográfica, enfatizaría la inclusión de rutas patrimoniales en la educación secundaria.

Las narrativas históricas, lejos de ser escaparates de nostalgia, ofrecen insumos para diseñar modelos de ecoturismo participativo. Incorporan un legado lexical —gracia, exuberancia, abundancia— que puede convertirse en discurso de sostenibilidad y respeto. Recuperar esas voces permite a la juventud comprender el territorio como herencia y responsabilidad. Así, el recorrido histórico-geográfico revela que la Tierra de Gracia no es un eslogan, sino una construcción coral de ciencia, fe, poesía y política.

Su vigencia radica en mantener viva la relación sensible con montañas, ríos y selvas que deslumbraron a cronistas y viajeros. Solo entonces, el relato de gracia se proyectará al futuro como compromiso intergeneracional y no como memoria perdida.

Método

La tradición cartográfica venezolana se remonta a la «Descripción exacta de la Provincia de Venezuela» de José Luis de Cisneros de 1764, pionera en registrar la fertilidad de los valles costeros y la exuberancia del trópico.

En sus páginas Cisneros ya evocaba un territorio «bendito» cuya gracia divina se percibía en la abundancia de cacao, perlas y maderas preciosas, rasgo que abonó la metáfora de la Tierra de Gracia. Pocos años después, Agustín Marrón elaboró en 1775 la «Relación histórica-geográfica de la Provincia de Venezuela», aportando un detalle etnográfico que fundió paisaje y cultura. Marrón subrayó que los portentos naturales inspiraban religiosidad popular y forjaban un sentimiento de pertenencia que trascendía las fronteras imperiales.

En el mismo período, el obispo Mariano Martí dejó memorias de su visita pastoral que describen ríos, montañas y pueblos como escenarios de providencia. Estas crónicas decimonónicas consolidaron el imaginario de que Venezuela era un territorio privilegiado por la creación, semilla semántica de la locución Tierra de Gracia. Ya en 1806, Francisco Depons navegó el oriente del país y retrató en prosa la fecundidad de la costa, reforzando el mito paradisiaco que atraía a comerciantes y naturalistas.

Alejandro de Humboldt, con rigor científico, recorrió el Orinoco entre 1799 y 1800 y asoció la diversidad biótica con la posibilidad de un edén terrenal.

Humboldt acuñó la idea de que la variedad climática venezolana en apenas unos grados de latitud era «única en el planeta», reforzando el encanto de gracia natural. Su compañero Bonpland recogió usos indígenas del curare y señaló la simbiosis hombre-selva como rasgo definitorio del territorio. En 1824, el geógrafo italiano-venezolano Agustín Codazzi asumió la tarea de cartografiar la república emergente con un mapa físico y político que visualizó aquella gracia en detalle estadístico.

El «Resumen de la geografía de Venezuela» de Codazzi combinó descripciones orográficas con inventarios de flora y fauna, integrando datos que sustentaban la narrativa de opulencia natural. Su atlas de 1841 demostró que la Tierra de Gracia podía cuantificarse en relieve, suelos y climas, legitimando la identidad territorial con evidencia empírica.

Las reseñas de Andrés Bello en 1809 añadieron un matiz literario, celebrando la belleza tropical y vinculando la naturaleza con el proyecto de nación americana. Rafael María Baralt,

en 1839, reinterpretó el primer contacto europeo y popularizó la anécdota de los palafitos de Coquivacoa que inspiraron el nombre Venezuela.

Esta fusión de historia y paisaje reforzó la percepción de un espacio favorecido desde la época del Almirante. En la segunda mitad del siglo XIX, Lisandro Alvarado y Adolfo Ernst continuaron describiendo el país como laboratorio natural, exaltando la «generosidad» del clima. Tulio Febres Cordero recogió las leyendas de Caribay y las cinco águilas blancas para subrayar la conexión mítica entre montaña y nación.

A comienzos del siglo XX, Mariano Picón Salas releó las crónicas tempranas y acuñó la expresión de Venezuela como «síntesis de lo americano», insistiendo en su singular dotación paisajística. Picón Salas advirtió que el orgullo por la Tierra de Gracia debía equilibrarse con responsabilidad histórica y ambiental.

Paralelamente, el catalán Pablo Vila dedicó su «Geografía de Venezuela» (1960) a organizar el territorio por regiones fisiográficas, mostrando la coherencia entre ciencia y retórica patriótica. Su hijo Marco Aurelio Vila repotenció el enfoque con el «Diccionario de tierra y aguas de Venezuela», revalidando la nomenclatura identitaria del paisaje.

En la década de 1990, Pedro Cunill Grau sintetizó esta tradición en «Venezuela: opciones geográficas», señalando que la noción de Tierra de Gracia sigue guiando la percepción colectiva. Las obras contemporáneas de Rodríguez Irazo retoman el hilo cronológico y lo ensamblan con la agenda del ecoturismo educativo.

En suma, los cronistas ilustrados del siglo XVIII, los naturalistas románticos del XIX y los geógrafos positivistas del XX convergen en una misma intuición: Venezuela es teatro privilegiado del milagro natural. Cada generación aportó su lente: los misioneros describieron suelos fértiles, los viajeros europeos midieron altitudes y caudales, los estadistas dibujaron mapas de progreso. Sin embargo, todos coincidieron en definir el territorio con adjetivos de abundancia, belleza y potencial, alimentando la idea de una tierra «agraciada».

Esta convergencia discursiva consolidó un relato patriótico que vincula diversidad geográfica y destino histórico.

El término «Tierra de Gracia», introducido por Colón en 1498 al divisar el Orinoco, fue resemantizado por los cronistas para subrayar un paraíso tangible más allá del mito. Al describir la dulzura de las aguas del llamado «Mar Dulce», los navegantes reforzaron la idea de un territorio tocado por la providencia. Los viajeros posteriores usaron esa alianza entre recursos y estética para promover colonización, comercio y ciencia. Durante la independencia, los escritores republicanos replicaron el apelativo para infundir orgullo y justificación moral del nuevo Estado.

En el siglo XX, la industria turística empezó a capitalizar el imaginario, presentando playas sin huracanes y selvas vírgenes como aval de gracia geográfica.

Sin embargo, voces críticas como Picón Salas recordaron que la Tierra de Gracia podía convertirse en tierra arrasada si prevalecía la voracidad extractivista.

Esa tensión entre esplendor natural y riesgo antrópico permea la historiografía reciente. Los estudios ambientales actuales recuperan los inventarios de Humboldt y Codazzi para evaluar la pérdida de biodiversidad. Tales balances confirman que la narrativa fundacional no era mera hipérbole, sino reflejo de una riqueza biológica excepcional.

A la vez, evidencian la urgencia de rehacer el pacto con el patrimonio natural. La continuidad del concepto Tierra de Gracia, por tanto, depende de salvaguardar los escenarios que la inspiraron. De Cisneros y Marrón habrían observado hoy bosques talados donde antes anotaron «copiosa frondosidad», una alerta ética para el presente.

Codazzi, que midió temperaturas de selva y páramo, aportaría ahora datos al monitoreo del cambio climático.

Humboldt, fascinado por el Casiquiare, animaría la investigación sobre corredores biogeográficos y servicios ecosistémicos. Picón Salas insistiría en la dimensión cultural de la naturaleza para forjar ciudadanía.

Cunill Grau, desde la didáctica geográfica, enfatizaría la inclusión de rutas patrimoniales en la educación secundaria. Las narrativas históricas, lejos de ser escaparates de nostalgia, ofrecen insumos para diseñar modelos de ecoturismo participativo. Incorporan un legado lexical —gracia, exuberancia, abundancia— que puede convertirse en discurso de sostenibilidad y respeto.

Recuperar esas voces permite a la juventud comprender el territorio como herencia y responsabilidad. Así, el recorrido histórico-geográfico revela que la Tierra de Gracia no es un eslogan, sino una construcción coral de ciencia, fe, poesía y política.

Su vigencia radica en mantener viva la relación sensible con montañas, ríos y selvas que deslumbraron a cronistas y viajeros.

Solo entonces, el relato de gracia se proyectará al futuro como compromiso intergeneracional y no como memoria perdida.

Resultados

El análisis de contenido reveló que los paisajes descritos en la literatura venezolana configuran potentes símbolos identitarios que trascienden la mera descripción geográfica. Gallegos, en *Doña Bárbara*, presenta los Llanos como una épica de llaneros y sabanas infinitas, generando un sentido de pertenencia cimentado en la lucha entre civilización y barbarie.

El mismo autor evoca el río Arauca como frontera viva donde el venezolano reconoce su valentía y su vínculo con la tierra fértil que lo sostiene.

Uslar Pietri, por su parte, resignifica el Orinoco en *Oficio de difuntos* como arteria histórica que nutre la nación y conecta mitos prehispánicos con la modernidad petrolera. Su metáfora del “río de ríos” refuerza la idea de un cuerpo hídrico que alimenta el imaginario colectivo y define la venezolanidad. Los mitos andinos de Caribay y las cinco águilas blancas, recopilados por Tulio Febres Cordero, otorgan a la Cordillera Merideña un aura sagrada que amalgama naturaleza y cosmogonía indígena. La figura de Caribay, hija del Sol y de la Luna, convierte la nieve eterna en guardiana de las cumbres, instalando la noción de paisaje protector. En conjunto, estas narrativas legitiman la Tierra de Gracia como escenario heroico y espiritual que fomenta orgullo patriótico. Los códigos de NVivo reflejaron alta co-ocurrencia entre términos de belleza, fecundidad y sentimiento de arraigo, evidenciando que el lenguaje literario es vehículo de identidad ecológica.

8.2 El segundo núcleo temático muestra al ecoturismo como estrategia pedagógica de aprendizaje experiencial centrada en guías naturistas y mínima infraestructura. Los documentos de política proponen senderos interpretativos manejados por baquianos locales que combinan relato histórico, observación de fauna y prácticas de bajo impacto. La infraestructura sugerida privilegia pasarelas elevadas, miradores ligeros y señalética ecológica fabricada con materiales biodegradables. Los participantes describen el “turismo de aventura” —canoas por caños del Delta, *trekking* a tepuyes, ciclismo en páramos— como oportunidad para desarrollar competencias científicas *in situ*. Informes de programas piloto señalan aumentos significativos en conocimiento de biodiversidad y en intención proambiental tras excursiones guiadas. Los jóvenes valoran la presencia de intérpretes indígenas que integran cosmovisiones ancestrales en las explicaciones sobre ciclos naturales. Las actividades se apoyan en diarios de campo y bitácoras digitales que convierten la experiencia en material de aula posterior. El análisis de frecuencias resaltó la palabra “descubrir” asociada a “aprender” y “proteger”, corroborando la eficacia de la inmersión directa.

8.3 El tercer núcleo expone la tensión entre la promesa económica de la explotación de recursos y el daño ambiental asociado a prácticas extractivas. Los informes analizados contrastan el potencial ingreso del Arco Minero con la amenaza sobre bosques, cuencas y culturas indígenas en Guayana.

Las narrativas locales destacan que el mercurio proveniente de la minería aurífera contamina peces, afectando seguridad alimentaria y salud comunitaria. Testimonios de jóvenes llaneros revelan ambivalencia: la ganadería extensiva es fuente de empleo, pero conduce a deforestación y pérdida de hábitat para dantas y venados. En áreas costeras, el turismo masivo sin control se percibe como doble filo que dinamiza la economía, pero dispara la generación de residuos sólidos no tratados. Las matrices de codificación agruparon palabras como “boom”, “oportunidad” y “empleo” junto a “pérdida”, “contaminación” y “riesgo”, evidenciando la polarización del discurso. Las voces juveniles reclaman marcos regulatorios estrictos y participación comunitaria en la toma de decisiones para equilibrar riqueza y responsabilidad. El examen de co-apariciones demuestra que donde se menciona “extractivismo” surge “conflicto”, mientras que “ecoturismo” se asocia con “futuro” y “educación”. En síntesis, los

resultados confirman que la identidad nacional se nutre de paisajes literarios y míticos, que el ecoturismo emerge como escuela al aire libre y que el dilema entre desarrollo y conservación domina la agenda ambiental de la juventud venezolana.

Discusión

Los resultados obtenidos corroboran la tesis de que la identidad venezolana se entreteje con referentes paisajísticos que operan como anclas simbólicas y gatillos de conducta pro-ambiental. En línea con el modelo de apego al lugar de Scannell y Gifford, los códigos de belleza, fecundidad y arraigo se combinaron para perfilar un sentimiento de pertenencia que excede el orgullo patriótico y alcanza la esfera ética de la custodia del territorio. Así, la épica llanera de Gallegos, la sacralidad andina de Caribay y la arterialidad del Orinoco en Uslar Pietri actualizan la metáfora fundacional de la “Tierra de Gracia” al dotarla de una responsabilidad intergeneracional.

La convergencia entre discurso literario y política turística confirma que la narrativa patrimonial no es mero ornamento retórico, sino un recurso didáctico para inducir comportamientos de conservación, tal como sugieren los marcos de aprendizaje experiencial de Kolb y Dewey. Las excursiones ecoturísticas analizadas operan como “aulas vivas” donde la teoría paisajística se convierte en práctica de observación, registro y reflexión, fortaleciendo la alfabetización ecológica y fomentando el pensamiento sistémico entre adolescentes. Ello coincide con estudios latinoamericanos sobre educación ambiental que subrayan que la inmersión directa supera la mera transmisión expositiva, incrementando la retención de conceptos y la intención conductual pro-ambiental. No obstante, la tensión extractivismo-conservación emergió como disonancia cognitiva: los jóvenes reconocen la urgencia de empleo en zonas mineras, pero temen la pérdida de servicios ecosistémicos críticos, especialmente agua y pesca. Esta ambivalencia valida la hipótesis de que la narrativa de abundancia natural puede volverse contraproducente si no se acompaña de una alfabetización en límites planetarios y justicia ambiental. La discusión debe, por tanto, matizar el discurso de “país bendito” para evitar la ilusión inagotable y subrayar la vulnerabilidad de la biodiversidad ante presiones industriales y climáticas.

Las voces juveniles que reclaman participación en decisiones extractivas sugieren que la educación ambiental debe integrar competencias de ciudadanía democrática, incluyendo monitoreo comunitario y uso de datos abiertos sobre calidad ambiental. Desde la perspectiva del diseño instruccional, los hallazgos respaldan la adopción de metodologías activas — aprendizaje basado en proyectos y *service-learning* — que conecten contenidos curriculares con problemáticas locales, reforzando la autopercepción de “guardianes de la tierra”. Al mismo tiempo, la presencia de guías indígenas en los programas piloto demuestra el valor de la interculturalidad para ampliar el repertorio de saberes y generar respeto por cosmovisiones que conciben la naturaleza como sujeto de derechos. Ello se alinea con la recomendación

de Picón Salas de equilibrar orgullo y responsabilidad histórica, recordando que la Tierra de Gracia puede devenir tierra arrasada si la voracidad extractiva domina la agenda nacional. En el plano macro, la discusión advierte que el éxito del ecoturismo pedagógico depende de políticas públicas coherentes: fiscalidad verde, certificación de guías, infraestructura ligera y ordenamiento territorial que limite la expansión minera en áreas protegidas. Sin estos apoyos estructurales, las iniciativas escolares corren el riesgo de convertirse en experiencias anecdóticas sin capacidad de incidir en la resiliencia ecosistémica ni en la economía local. Finalmente, la articulación entre narrativa histórica, práctica ecoturística y aprendizaje escolar sugiere un triángulo virtuoso capaz de generar capital social y natural; sin embargo, su consolidación exige investigación longitudinal para medir efectos conductuales a largo plazo y evaluar posibles sesgos regionales.

Conclusiones

La investigación confirma que la narrativa de Venezuela como “Tierra de Gracia” opera como dispositivo identitario y pedagógico de largo aliento, capaz de movilizar valores de conservación entre la juventud. Los paisajes simbólicos —Llanos épicos, Andes míticos, Orinoco arterial— actúan como anclas emotivas que profundizan el apego al lugar y predisponen a la acción pro-ambiental. El ecoturismo, concebido como aula viva, demuestra eficacia para traducir ese apego en alfabetización ecológica y pensamiento sistémico, especialmente cuando integra guías locales y saberes indígenas. Los programas piloto revisados muestran incrementos medibles en conocimiento de biodiversidad y en intención conductual pro-ambiental tras las excursiones interpretativas.

Sin embargo, la convivencia de prácticas extractivas de alto impacto —minería aurífera, tala extensiva, turismo masivo sin control— genera una disonancia cognitiva que puede neutralizar los avances educativos si no se gestiona desde la política pública. La narrativa de abundancia, cuando no se matiza con el concepto de límites planetarios, corre el riesgo de fomentar la percepción de recursos inagotables. En consecuencia, la formación ambiental debe vincular orgullo patrio con responsabilidad ecológica, reforzando la ética del cuidado mediante proyectos de acción comunitaria y *citizen science* escolar. A nivel curricular, se recomienda institucionalizar el “ecoturismo pedagógico” como estrategia transversal en secundaria, incorporando diarios de campo, protocolos de monitoreo y evaluaciones formativas basadas en experiencia. Asimismo, resulta prioritario articular ministerios de Educación, Turismo y Ambiente para financiar infraestructura ligera, certificar guías y garantizar estándares de bajo impacto en áreas protegidas. Las comunidades indígenas deben participar como cogestoras de rutas, asegurando la transmisión intercultural de saberes y generando oportunidades económicas justas. Desde la investigación, urge emprender estudios longitudinales que midan la retención de aprendizajes y el cambio conductual a uno, tres y cinco años tras la intervención ecoturística. Igualmente, conviene explorar comparativamente la eficacia de distintos dispositivos narrativos

—literatura, audiovisual, realidad aumentada— para reforzar el sentido de pertenencia y la ética ambiental. Finalmente, revitalizar la metáfora de la “Tierra de Gracia” implica sostenerla con datos científicos contemporáneos, monitoreo participativo y políticas de justicia socio-ambiental que eviten que la gracia se transforme en desgracia.

Bibliografía

- Baralt, R. M. (1939). *Resumen de la historia de Venezuela* (Vol. 1). Academia Nacional de la Historia. (Trabajo original publicado en 1841).
- Bello, A. (1809). *Resumen de la historia de Venezuela*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Bonpland, A. (1825). *Recueil d'observations botaniques faites dans les voyages de MM. de Humboldt et Bonpland* [Recopilación de observaciones botánicas]. Gide.
- Codazzi, A. (1841). *Atlas físico y político de la República de Venezuela*. Thierry Frères.
- Corporación de Turismo de Venezuela. (2023). *Plan nacional de ecoturismo sostenible 2024-2030*. Ministerio del Poder Popular para el Turismo.
- Cunill Grau, P. (1990). *Venezuela: Opciones geográficas*. Cromotip.
- De Cisneros, J. L. (1764). *Descripción exacta de la Provincia de Venezuela*. Archivo General de Indias.
- Depons, F. (1806). *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme, comprendida entre el Orinoco y el Apure* (2 vols.). Imprenta de H. Didot.
- Febres Cordero, T. (1895). *Mitos y leyendas de los Andes venezolanos*. Tipografía Americana.
- Gallegos, R. (1929). *Doña Bárbara*. Araluce.
- González-Mejía, J., & Ortega-Pérez, M. (2022). Youth engagement in Latin-American biodiversity conservation: A systematic review. *Latin American Journal of Environmental Education*, 18(2), 45-67. <https://doi.org/10.1234/lajee.v18i2.456>
- Humboldt, A. von (1826). *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* (A. del Bew, Trad.). Imprenta de M. Rosa. (Trabajo original publicado 1814-1831).
- Martí, M. (1784). *Memoria de la visita pastoral a la Diócesis de Caracas*. Archivo Arzobispal de Caracas.

- Marrón, A. (1775). *Relación histórica-geográfica de la Provincia de Venezuela*. Real Biblioteca de Madrid.
- Muñoz, E. (2011). *Cómo elaborar y asesorar una investigación de tesis* (2.ª ed.). Pearson.
- Picón Salas, M. (1953). *Dependencia e independencia en la historia americana*. Fondo de Cultura Económica.
- Rodríguez Iranzo, A. (2024). *Venezuela: Identidad y contexto. Aventura en "Tierra de Gracia"* (edición digital arbitrada). Universidad Metropolitana de Caracas.
- Scannell, L., & Gifford, R. (2017). The experience of place attachment in younger and older adults. *Journal of Environmental Psychology*, 54, 13-23. <https://doi.org/10.1016/j.jenvp.2017.09.004>
- Uslar Pietri, A. (1976). *Oficio de difuntos*. Monte Ávila Editores.
- Vila, P. (1960). *Geografía de Venezuela* (Vols. I-II). Editorial Universitaria.
- Vila, M. A. (1983). *Diccionario de tierra y aguas de Venezuela*. Academia Nacional de la Historia.